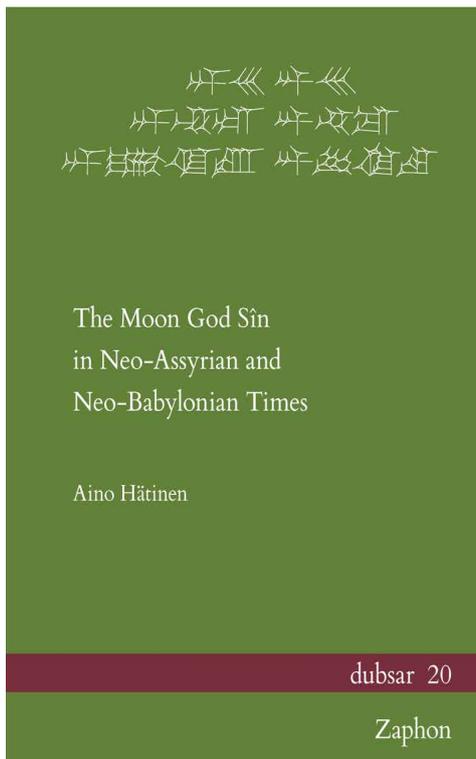


Aino HÄTINEN, *The Moon God Sîn in Neo-Assyrian and Neo-Babylonian Times*, Münster, dubsar 20, Zaphon, Altorientalistische Publikationen/Publications on the Ancient Near East, 2021, 661 pp. ISBN: 978-3-96327-140-3.

La historiadora Aino Häntinen, adscrita al Instituto de Asiriología e Hititología de la Universidad de Múnich, desarrolló entre 2011 y 2017 su proyecto de tesis doctoral titulado *The Theologies and the Cults of the Moon God Sîn in Neo-Assyrian and Neo-Babylonian Times*, en la Universidad de Heidelberg. Esta investigación, reconocida por su profundidad y alcance,

fue finalmente publicada por la Universidad de Múnich en 2021. En sus más de seiscientas páginas, Häntinen ofrece una recopilación exhaustiva de los textos acadios del primer milenio a.C. correspondientes a los periodos neoasirio (934-609 a.C.) y neobabilónico (612-539 a.C.), en los que se menciona a Nanna-Sîn, el dios lunar del panteón mesopotámico. A pesar de la relevancia de Sîn como una de las principales deidades del Próximo Oriente Antiguo, hasta esta publicación no existía una monografía que abordara su figura de manera integral. Los estudios anteriores se limitaban a aspectos específicos, como su función en los rituales de adivinación (E. Guthrie Perry, 1907), sus epítetos celestiales (Knut Tallqvist, 1938) o su conexión con determinados monarcas (Paul-Alain Beaulieu, 1989). La obra de Häntinen, en este sentido, representa un avance significativo en este campo de estudios, al ofrecer la primera investigación moderna y sistemática sobre el dios lunar, centrada únicamente en los materiales epigráficos del primer milenio a.C. Hasta entonces, el corpus de textos relacionados con Sîn carecía de un trabajo que abarcara tanto las ideas teológicas como el culto en Asiria y Babilonia.

Para alcanzar sus objetivos, el libro está estructurado en cuatro bloques principales: introducción, teologías del dios de la luna en Asiria y Babilonia, el culto de Sîn en ambos contextos y, por último, las conclusiones. Aunque el contenido se divide en secciones temáticas, Häntinen asegura una secuenciación cronológica dentro de cada capítulo, presentando los asuntos de forma evolutiva desde los



textos más antiguos hasta los más recientes. La clasificación de las fuentes utilizadas en este trabajo es notablemente diversa, e incluye textos literarios, hemerológicos, inscripciones reales, documentos diagnósticos y terapéuticos, así como registros administrativos. Todos los capítulos están enriquecidos con grabados y fragmentos de tablillas de carácter excepcional, muchos de ellos cedidos de forma inédita por instituciones como el Museo Británico y el Museo de la Universidad de Pensilvania. Entre las tablillas destacadas se encuentran K. 15528, K. 10151, K. 2751+K. 2792+K. 7973+K. 9242+K. 10011+K. 13785, CBS 1695 y VAT 8004, lo que añade un notable valor a la publicación. Sin embargo, pese a este esfuerzo, se percibe una carencia importante: al tratarse de un trabajo epigráfico, la obra escasea en gran medida de un análisis filológico y discusión profunda de las inscripciones y tablillas que recopila. El texto en diversas ocasiones se limita a funcionar más como una compilación y selección de textos traducidos previamente por otros académicos, siendo los más referidos Borger (1956) para los prismas de Asurbanipal, Radner (2003) para los textos de Senaquerib, Woolley (2006) para los materiales de Nabucodonosor II y Schaudig (2001) para los cilindros de Nabónido. Para textos menores sobre Sîn, Hätinen se apoya en las traducciones de Tallqvist (1938), Falkenstein y von Soden (1953), entre otros. Por tanto, no se observa un análisis original que contribuya significativamente al corpus epigráfico sobre Sîn en este periodo. Esta limitación se intenta subsanar en las últimas páginas del libro, donde Hätinen sí incluye comentarios filológicos propios sobre una decena de oraciones peticionarias y textos litúrgicos que mencionan a Sîn. No obstante, estos comentarios han quedado independientes y su mayor impacto es que no habían sido traducidos con anterioridad al lanzamiento de su obra.

Exceptuando esta observación metodológica, que puede justificarse debido al esfuerzo monumental que tal tarea supondría, el resto de la obra cumple de manera prolífica con su cometido. A lo largo de sus páginas, Hätinen proporciona explicaciones astronómicas, cosmogónicas y en cierta medida filosóficas sobre la significancia de Sîn dentro de la religiosidad y la cotidianidad mesopotámica, permitiendo al lector comprender con claridad los conceptos teológicos asociados con la luna y su dios. Partiendo de la premisa de que todas las fuentes cuneiformes evidencian una ausencia de distinción entre Sîn como dios de la luna y la luna como cuerpo celeste, la autora resalta cómo Sîn, en ciertos contextos, también compartía múltiples habilidades y poderes con otras deidades del panteón mesopotámico. Este rasgo le convierte en una deidad confusa de interpretar en la historiografía, pero la obra lo logra resolver al vislumbrar la profundidad epistemológica que la noche poseía para las civilizaciones de Mesopotamia, siendo fundamental partir de su relación con el ciclo lunar y su influencia sobre el calendario. Además, en los periodos neoasirio y neobabilónico, la noche era percibida como el momento del día en que las fuerzas celestiales decidían los destinos terrenales otorgando a Sîn un papel prominente como autoridad divina en estas decisiones. Este carácter decisorio se refleja en su representación como sentenciador de providencias y transmisor de señales de su voluntad, temas desarrollados ampliamente en los subíndices dedicados a la Teología de Sîn. La obra examina cómo la adivinación lunar afectaba directamente al rey y su reino: cualquier signo favorable o desfavorable del cielo nocturno era interpretado como una manifestación de la benevolencia o el descontento de Sîn (y otras deidades poderosas) hacia los gobernantes. Esta relación, a su vez, explica el auge de las prácticas de superstición y magia durante el primer milenio a.C., documentadas en textos sobre extispicina, onomancia y astrología, en los que Sîn era invocado con frecuencia. De manera similar, todas estas nociones teológicas de las élites tendrían su reflejo en los documentos más cotidianos. Sîn, en su papel como regidor de la vida, se extrapolaba a las dimensiones jurídicas como fiador en contratos y juramentos, siendo también mencionado en cláusulas punitivas en caso de incumplimiento

como ejecutor de castigos divinos, incluyendo enfermedades como la lepra o la ceguera. Por último, la asociación de la noche con el tejido de los destinos vinculaba a Sîn, al igual que a su hija Ishtar, con otros conceptos esenciales como la fecundidad, la fertilidad y el cuidado de los animales.

Gracias al exhaustivo análisis de los trabajos publicados hasta entonces sobre Sîn, Häätinen ha logrado interconectar de manera clara y comprensible la profundidad teológica que envuelve al dios lunar y su representación en la mentalidad asirio-babilónica del primer milenio a.C. Este enfoque pone fin a la proliferación de estudios fragmentados sobre su figura en el ámbito próximo-oriental, que complicaban la comprensión de por qué Sîn aparecía en contextos tan diversos y aparentemente desconectados entre sí. A pesar de este avance, la autora es crítica y consciente del riesgo que implica su propuesta holística, ya que las fuentes disponibles representan solo una pequeña porción de un corpus textual mucho más amplio. Asimismo, destaca la necesidad de considerar las diferencias regionales y la evolución de las teologías a lo largo del tiempo dentro de la religión mesopotámica. Para abordar estas cuestiones, Häätinen dedica la segunda mitad de su libro a un análisis regional del culto a Sîn en distintas ciudades del Imperio Neoasirio, como Assur y Nínive, así como del Imperio Neobabilónico, destacando localidades como Nippur, Babilonia y, en particular, Ur y Harrán, los principales centros de culto del dios lunar en todo el Creciente Fértil. Sin embargo, pese a la pertinencia de este enfoque, en el estudio de estas ciudades queda en el aire una pregunta central: ¿por qué solo hasta cuatro reyes del primer milenio a.C. —Asurbanipal, Asarhaddón, Nabucodonosor II y Nabónido— muestran una veneración excepcional hacia Sîn, mientras que en otros reinados las referencias son escasas o incluso inexistentes? Además, se plantea el enigma de figuras independientes como Sîn-balāssu-iqbi, un gobernante de Ur que, pese a no ostentar el título de rey, emprendió un ambicioso programa de renovación urbana en honor a Sîn, superando las iniciativas reales documentadas durante siglos. Este personaje, destacado por la abundante evidencia epigráfica asociada a su gestión, asume un rol excepcional que desdibuja las tradicionales fronteras entre las responsabilidades de los reyes y de los gobernadores locales, donde el dios lunar pudo tener un incierto papel. Indudablemente, la obra de Häätinen no representa el punto culminante en el estudio histórico de Sîn, pero constituye un avance significativo en el campo de la historia del Próximo Oriente Antiguo. Más importante aún, abre la puerta a nuevos y más profundos interrogantes que futuras investigaciones podrán explorar.

Andrés CARRATALÁ MEDINA
Universidad de Castilla-La Mancha
andrescamedina@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0007-5484-5489>